

José María Arriola recrea la historia de Lekeitio en su novela 'Eco en la isla' (Ediciones Beta) y en el ensayo 'Izurdiak/Las gomas 1943'

## Homenaje al mar y a Lekeitio

El nombre de José María Arriola está ligado a su trabajo como notario y a su faceta bibliófila, que ha hecho que posea una de las bibliotecas privadas de Derecho e Historia más importantes de Europa. Este amor por los libros y por la historia le ha llevado a escribir *Eco en la isla*, donde refleja sucesos de la villa marinera desde la República hasta la llegada de la democracia. "Se me ocurrió en plena pandemia: quería recoger una leyenda que había oído de niño sobre las *lamias* y sobre Amagoia, la chica más bella de Lekeitio, la pérdida de uno de sus ojos y su conexión con el túnel que desde la casa Gurutz Alde decían que llegaba hasta la isla de Garraitz. Pensé que podía surgir un enfrentamiento por su amor entre dos capitanes de la marina mercante de Lekeitio, que evidentemente llevaría a una tragedia y a una gran enemistad. Pero como no tengo capacidad para estos enredos románticos, preferí enfrentarles en lo ideológico: por un lado, el idealismo nacionalista de Unai; por otro, el pragmatismo de Antón, un vasco más apegado a la riqueza. A partir de mis recuerdos, opté por una novela simpática en la que tratara a las gentes de Lekeitio con afecto y cariño".

Eligió la tipología de las novelas costumbristas, y en concreto las de un autor que conoce bien: José María de Pereda, "recogiendo, como creo que hacía él, personajes reales, que no históricos. Amagoia es el único realmente imaginativo. Las personas que cito con nombres y apellidos son reales. El resto son arquetipos, que he conocido. En Antón, por ejemplo, he tratado de reflejar a esos grandes capitanes de la marina, seres de cierta tristeza porque están lejos de su familia y de sus hijos. Personas con las que he coincidido, íntegras, serias, con una gran formación cultural a la que les lleva la soledad del puente y del mar. Tipos auténticos. Y en las mujeres he reflejado a aquellas chicas que, como solía contar mi padre, "en el muelle de Lekeitio, le das una patada a un farol y caen tres o cuatro chicas totalmente estilas, guapas y finas".

Apunta Arriola que *Eco en la isla*—novela que va por la segunda edición— es un homenaje a un mundo que ha admirado profundamente: el mar y Lekeitio. "Desde mi niñez he sido un aceptable navegante *amateur*; ese amor por el mar me ha llevado a admirar a esas personas, muchas de ellas grandes amigos, que han dedicado su vida a



Arriola compagina ahora su labor como bibliófilo con la escritura

la marina mercante. Y les dedico la novela".

Una de las partes más "noveladas" es la referida al transporte de objetos y miembros nazis a Sudamérica. "El nazismo siempre me ha causado gran inquietud. Durante mi estancia

en Argentina supe de la importancia de los nazis exiliados y adquirí algunos libros que hablaban de su traslado desde España e Italia, protegidos por el general Perón. También en Lekeitio hubo personas vinculadas al nazismo, cuyo enclave más co-

nocido fue el chalé Itxasondo, del doctor Paz Espeso. Eso me llevó a plasmar una serie de anécdotas, totalmente ciertas; otra cosa es la que se refiere al traslado de uranio en el barco de Antón".

Tras *Eco en la isla*, Arriola se ha animado a seguir escribiendo una segunda novela bastante avanzada, "aunque como dice el refrán", apunta con una sonrisa, "nunca segundas partes fueron buenas". Y ha publicado el ensayo *Izurdiak/Las gomas 1943*, que escribió en 2019 y que, en parte, fue el germen de su novela. "Se trata de un estudio a partir del naufragio de un cargamento de goma virgen, un hecho histórico muy importante en Lekeitio en los años posteriores a la Guerra Civil y que lo encuadro en la pobreza tremenda que se respiraba y que yo mismo viví. La aparición de las gomas fue como el maná caído del cielo, como un acto de la providencia que nunca nos abandona del todo. Y se me ocurrió titularlo *Izurdiak* (delfines), palabra que empleó el patrón del arrastrero al avistar las gomas por vez primera. Aunque luego comentaría: "Ez diria izurdiak, porque no saltaban".

Álex Oviedo

Cristina Pascual publica 'El boulevard de las despedidas' (Editorial Maluma), una sorprendente primera novela

## "Me gustan los personajes con piel"

Apunta Cristina Pascual que es muy difícil hablar de *El boulevard de las despedidas* sin destripar su argumento. Diremos que la historia transcurre en un café y que en ella hay dos personajes principales: Laura, a quien se le ha muerto la madre, y Carlos, el dueño del Boulevard; y que comenzó a escribirla en 2016 a partir de la serie *Fringe* que trataba sobre dos universos y una protagonista, Olivia, la única que podía fluctuar entre ellos. Pascual se había apuntado a un taller de escritura creativa en Alea Bilbao donde descubrió que le gustaba escribir. "Y como me encanta la ciencia ficción, me pareció que podía escribir sobre esos dos universos. Pero el relato se me fue de las manos, comencé a aderezarlo, fui consciente de que la historia me pedía más".

—Aunque la novela narra la historia de Carlos y Laura, por el Boulevard deambulan muchos más personajes.

—Tenía claro el personaje de Laura, aunque fue evolucionando



El boulevard de las despedidas es el resultado de cinco años de trabajo

nando a medida que escribía. El de Carlos iba a ser un secundario, y fue en el taller donde me indicaron que podría convertirlo en un personaje importante, que hiciera de muleta, de cómplice con el lector. Eso me permitió dotar la novela de dos voces. El resto de personajes

debían ser de épocas diferentes. Aparte de los dos mundos que chocan me interesaba saber cómo interactuarían un *tik-toker* de 2021 y "la abuela de la fabada". De esa idea surgieron seres que no llegan a ser clichés, pero sí de épocas lo suficientemente alejadas como para

que sea interesante ver cómo interactúan entre ellos o con Laura. En realidad, es una novela coral.

—¿Le costó perfilar la personalidad de cada personaje?

—No tanto, porque creo tener bastante empatía. Soy capaz de ponerme en la piel de personas diferentes. Para que un libro me guste no solo ha de estar bien escrito, sino que los personajes han de tener piel, estar trabajados, tener grises. Pienso muchísimo en las motivaciones de la gente, por qué actúan de una manera o de otra.

—¿Tenía clara la historia de la novela?

—Lo estaban el planteamiento, el nudo y el desenlace. Lo que más me costó establecer fue la estructura. Y luego, me sorprendió que los personajes fueran cobrando vida, se hicieran independientes. Según iba escribiendo entendí esa frase de György Lukács que dice: "La novela es la epopeya de un mundo sin dioses". De pronto, me metía en un atolladero con los personajes, pero su propia perso-

nalidad me indicaba por dónde debían tirar.

—Dicen que el oficio de escritor es solitario. ¿Cómo se aceptan las ideas, o las críticas, entre los compañeros en un taller de escritura?

—Es solitario, sí, pero nunca me he sentido así. Los propios personajes me hacían compañía. El confinamiento me ayudó, además, a pensar cómo se sentiría uno en un encierro prolongado, una sensación que me vino bien para el personaje del pianista. Esos meses de parón me sirvieron, además, para acabar la novela. Respecto a los compañeros, lo bueno es que son muy francos, algo que conviene para bajarnos los humos o darnos una perspectiva desde fuera. Los talleres ayudan a que gente como yo quite la paja que sobra en un texto. Siempre recuerdo una frase que nos decía Elena Moreno: "Menos es más". El principio de la novela, por ejemplo, no era el que es, y eso me lo indicaron en el taller.

Á. O.